

asentada en el trabajo visto como un deber y como una fuente de engrandecimiento, no se perturbaban por escaramuzas como la que acababa de ocurrir; pero todos estos ejemplos y motivos de tranquilidad le parecían ahora de escasa eficacia, ante la presencia de un ligero torbellino que empezaba á remover sus espirales inquietantes en el cerebro, amenazando con renovar la fiebre de las excitaciones pasadas.

Con esta gota de amargura en su alma, Juan iba caminando, llevado maquinalmente por la impulsión del grupo y la vaga conciencia de que él se dirigía al mismo sitio, siguiendo á los otros; pero, en rigor, ajeno á todo lo que le rodeaba. Ni la charla, siempre alegre y animadora, de don Vicente; ni las risotadas de los marineros, que celebraban algún chiste; ni las voces de las mujeres jóvenes, que habían tomado la delantera para cantar á sus anchas, lograban arrancarle á su ensimismamiento.

La luz del crepúsculo decrecía rápidamente. Las figuras humanas, los árboles más cercanos y altos, dibujábanse en negro sobre el pálido fondo del Poniente; y la noche cayó al fin sobre la tierra, borrando líneas y colores, sin que su silencio majestuoso, que invita al descanso, trajera ningún consuelo al que sufría, con la poética sugestión de sus misterios y la grandeza de su dosel violáceo, tachonado de estrellas de oro.

■■■■■■■■■■

## XXI

La crisis fué pasajera. Un sueño tranquilo, preparado por unas horas de intimidad en familia, junto á la solicitud cariñosa de doña Micaela — quien advirtió al punto la preocupación de su sobrino — y la fortificante animación de don Vicente, volvió á Juan la calma y le hizo reirse, á la mañana siguiente, de su nerviosidad, que convertía en montes los granos de arena. Sin embargo, todavía tuvo un movimiento de precaución, que denotaba cierto temorcillo de volver á las andadas.

A los dos días de su llegada á Villamar, comenzó el correo á traer correspondencia, reexpedida desde Madrid. Habíase venido Juan sin despedirse más que de dos amigos muy íntimos, á quienes indicó vagamente el punto donde iba, rogándoles, aun así, que lo callaran. El portero de la casa quedó encargado, con igual reserva, de enviar cartas y periódicos. Pero Juan dejó que se amontonaran, sin abrir unas ni otros, sobre los estantes de la biblioteca de don Vicente. A los

periódicos les temía, por la pasión con que suelen estar escritos y que fácilmente arrastra á los excitables. Quiso, además, aislarse del mundo en que había vivido hasta entonces, por la supresión de noticias. Respecto de las cartas, Juan había tenido siempre un temor verdaderamente extraño é invencible.

El carácter batallador de su vida, daba, como es natural, tonos vivos á la mayoría de su correspondencia. Por lo común, eran sus contestaciones duras, aunque corteses en la forma, ó de una ironía que mortificaba hondamente. Su pluma nerviosa corría á impulsos de la indignación, del desengaño, de la crítica, comunicando á las palabras la energía de golpes que parecían herir, no ya el amor propio, sino la carne de las gentes. Pero cuando después de un desahogo así, después de arrojar á la cara las verdades con una claridad que desconcertaba, venían las réplicas, Juan sentía una pereza especial de renovar el esfuerzo hecho, de repetir la excitación pasada y el disgusto que le traía siempre. Y antes de abrir la carta, presumiendo ya lo que diría, le daba cien vueltas, la dejaba y la volvía á coger y, por último, solía guardarla en un cajón sin leerla, sin querer verla siquiera, con la misma repugnancia con que quitaría de delante de los ojos un insecto horripilante ó la fotografía de una enfermedad de la piel, de una operación quirúrgica que evoca todos los terrores del dolor y hace surgir, en la mente de los menos aprensivos, imágenes que dan

por anticipado el escalofrío de las grandes lacerías del cuerpo. A veces, cuando, transcurrido algún tiempo, y no sin vencerse mucho, leía la carta, hallábase con una sorpresa que le hacía reír. La supuesta réplica era, por el contrario, una palinodia ó un discreto reconocimiento del error cometido, acompañado de todo género de excusas. Pero estos chascos no corregían aquel instintivo terror que le llevaba á dilatar tiempo y tiempo la lectura de gran parte de su correspondencia.

Naturalmente, ese terror era más grande desde que, en Villamar, había encontrado la serenidad de alma que apetecía. Una ó dos veces tuvo, sin embargo, la veleidad (tal vez hija del secreto deseo de no cortar todos los lazos con su antigua vida) de romper algún sobre y enterarse de lo que contenía. Eso sí, lo hizo con aquellos cuya letra conocía bien, letra de amigos, de los que jamás podía esperar ni una frase molesta. Y notó, con alegría inenarrable, que, á excepción de las manifestaciones de afecto que expresaban, en lo demás, en las noticias de vida madrileña, en las alusiones á problemas y trabajos que preocupaban al que escribía, su espíritu quedaba frío, indiferente, ayuno de todo interés hacia aquellas cosas que ahora le parecían como de un mundo lejano, al cual él no perteneciera, como cosas de historia muy remota, que no acaloran ni mueven. La plenitud de reposo en que vivía; las solicitudes constantes de la Naturaleza y del medio familiar que le rodeaban, absorbían toda su atención y

ceñíanlo de una muralla impenetrable á todo otro género de cuidados.

Pero el incidente de Nardo hizo que Juan redoblara sus precauciones. Dejó dormir y empolvase periódicos, revistas y cartas, y se prometió convertir en absoluto, por algún tiempo, el aislamiento que en parte había quebrantado.

Pasó la mañana en el jardín, en aquel mismo cenador donde sintiera, por primera vez en su vida, la voz íntima y solemne de las cosas. Había cogido de la biblioteca un libro de viajes, con ánimo de leer un rato, á la sombra del limonero y la parra. Por extraño maridaje en aquel hombre de espíritu rigurosamente investigador, de sentido realista y práctico, pulido en las luchas positivas de la sociedad, avezado al cultivo de ciencias que, cuando se toman en serio, tienen poco de imaginativas, y acostumbrado á vivir entre libros de alta especulación, ó de tono tan prosaico como la Colección legislativa y la *Gaceta*, las narraciones de viajes y las novelas de aventuras que á ellas se equiparan, constituían uno de sus encantos mayores en las horas de descanso. Parecía como si la imaginación, oprimida de ordinario por la inflexibilidad del dato histórico, de la regla lógica ó del precepto legal, tomase el desquite en aquellas escapadas al mundo de lo extraño, de lo imprevisto y de las invenciones atrevidas. Cuanto más accidentado fuera el viaje y á países más exóticos y menos cultos, más agradaba á Juan; y en las novelas prefería siempre las más maravillosas,

con tal que tuviesen una base aparentemente científica y real. En su adolescencia, Fenimore Cooper, Aimard y otros tales, habían sido su mayor encanto. Luego vinieron Julio Verne, Poe, Stevenson, Wells..., con la particularidad de que no era en ellos el problema lo que le atraía, sino el elemento inventivo; pero con la condición, siempre, para que esta lectura le agradase, de una gran fatiga en los estudios ó de un desengaño que momentáneamente le disgustase de su vida ordinaria. Entonces, cuando no podía leer sus libros habituales, ni tenían para él atractivo las ocupaciones de todos los días, la imaginación reclamaba sus derechos y se dejaba llevar por las invenciones más estrambóticas, con un afán ciego de la novedad, de lo extraordinario, de lo fantástico. Y era singular el efecto sedante que esto le producía, calmándole la excitación, curándole el hastío y refrescando las energías marchitas de la inteligencia. Por eso eran esas lecturas, también, su ocupación en los breves períodos que antes robaba á la fiebre de su vida madrileña para volver á su rincón de Albarraçin, cuando aun vivían sus padres, ó para viajar por algún otro sitio de España. Que no le dieran entonces libros «serios», como él decía. No le era posible soportarlos.

La mudanza experimentada en Villamar recrudenció en él la afición á esta literatura de aventuras. Nunca se había sentido en mejor disposición para saborear sus bellezas, ni nunca las halló más en armonía con las impresiones del medio y el am-

biente ideal en que se movía su alma. Eran como un nuevo aislador — el refugio en los momentos críticos de la vida pasada, — que contribuía á mantenerlo fuera del mundo de que había desertado.

Tuvo sin embargo pocas ocasiones para leer, hasta entonces. Sus tíos y sus primos, llevados del afán de que conociese el país, de procurarle distracciones y de que no estuviese solo, por miedo á una recaída en las preocupaciones mentales, le procuraban diariamente un motivo para salir, para andar y ver cosas nuevas. Dos ó tres noches, en la cama, leyó capítulos sueltos de libros cogidos al azar; pero aquella mañana sentíase especialmente atraído por las lecturas de su predilección. Cristóbal le había dicho que, por la tarde, irían de paseo á una antigua almadraba poco distante de Villar. La mañana era libre.

Los planes de Juan salieron fallidos. En los primeros momentos leyó, con gusto, con interés. Luego, empezaron á distraerle las cosas del campo. Desde el sitio que había escogido para sentarse, en una mecedora de lona, veíase en toda su extensión el andén central del jardín, sombreado por las parras, cuyos sarmientos, enroscados en el varillaje de hierro y madera, dejaban colgar por todos lados, entre los pámpanos verdes, rojos ó amarillentos, los racimos de la uva, que ya empezaba á tomar color y á recibir la visita de las avispas y de los pájaros. Al final, una gran mancha de luz resplandecía vigorosa, en contraste con la penumbra del emparrado; y tras ella, dibujá-

banse enérgicamente, rodeados por el nimbo dorado del sol, los accidentes de un trozo de huerto, plantado de manzanos y perales, á cuyos troncos se enlazaban los tallos quebradizos, jugosos, de solanáceas y leguminosas. Había una riqueza tan grande de color y de juegos de luz en aquel horizonte, que la vista, sorprendida á cada momento por nuevos detalles, concluía por sentirse subyugada, como si obrase sobre ella una atracción misteriosa. Y era, en efecto, la atracción del sol esplendoroso que cegaba y de las coloraciones vivas, calientes, cada uno de cuyos matices resplandecía como un color nuevo, excitando el instinto artístico que hay siempre en el fondo de toda inteligencia cultivada. Una vez más, la Naturaleza se imponía; pero no por la grandiosidad de su conjunto, como en otros momentos, sino por la variedad inmensa de los detalles, cada uno de los que se descomponía en otros y otros, en sensaciones múltiples, sutiles, que iban hasta las más delicadas finuras de la línea y la mancha.

El libro cayó sobre la arena, olvidado por quien antes buscaba en él solaz para el espíritu; y Juan se entregó, todo entero, á la contemplación de aquellas bellezas que muchos hombres tienen ante los ojos pero muy pocos saben ver y gozar plenamente, sin lirismos, como ellas son, no como las contrahacen los que viven haciendo de sí mismos el centro del mundo, que se convierte así en un puro reflejo de prejuicios egoístas.

■■■■■■■■■■

## XXII

De tal manera se abstraigo, que no sintió rechinar la puerta del jardín y que alguien se acercaba, pisando fuerte, hacia el cenador. Fué preciso que el visitante llamara:

— ¡Don Juan!... Buenos días.

Se volvió bruscamente, con cierta rabia por lo importuno del llamamiento; y aunque vió ante sí al Estudiante, que le alargaba sonriendo una mano con aquel gesto de sincera admiración que ya le había sorprendido anteriormente, no pudo corregir en su cara la iniciada expresión de contrariedad.

— Pasaba por aquí cerca — dijo el visitante — y no quise dejar de saludar á usted... Hemos estado toda la mañana batiendo la almendra de unos campos que tiene mi padre á espaldas de Ronesa. No se puede dejar solos á los trabajadores — añadió como para explicar el traje que llevaba. — Usted dispensará la franqueza.

Llevaba el Estudiante pantalón gris de hilo, alpargatas con cinta negra, chaleco desabotonado, dejando ver la sudada camisa blanca, y un sombrero de palma, de alas enormes. La chaqueta pendía de un hombro, como prenda de respeto, pero demasiada calurosa para vestida en aquella ocasión.

— Veo que no es usted un labrador teórico — dijo Juan, sintiendo que su contrariedad se fundía ante el porte simpático de su visitante.

— No señor, no. Cuando se vive de las tierras, hay que vigilarlas. Creo que si no las trabajara yo también, no serían tan mías, es decir, no me llenaría el pedazo de pan que les saco... Y me gusta, créame usted, don Juan, me gusta pelear con el sol, con los árboles, con el agua...

— Usted es entonces partidario de que el suelo debe pertenecer á quien lo cultiva — observó Juan.

— Naturalmente — contestó el otro, sentándose en un banco y sacando la petaca. — Eso me parece elemental. ¿Qué lazo une á la tierra con el dueño que ni la fecunda, ni la visita ni, á veces, sabe siquiera dónde está? ¿No le parece á usted que esos señores que andan por las capitales sin acordarse de sus campos más que cuando cobran la renta, son como el perro del hortelano, que ni hace ni deja hacer á los demás? Ellos no trabajan y vician el trabajo del verdadero labrador, que jamás cuida la tierra, cuando es arrendatario, como debe cuidarla y que, por otra parte, es el

único que suda y produce... ¿Quiere usted un cigarro?

— No, gracias. Creo que tiene usted razón en lo que dice; pero cuidado con afinar el argumento, porque tampoco usted cava todas sus tierras. Utiliza usted braceros, y esos son los que sudan y producen.

El Estudiante, que había sacado de una bolsita eslabón y pedernal y se disponía á encender la yesca, quedó suspenso, con una mano levantada, sin saber qué contestar. Juan sonrió, como para desvanecer el efecto de sus palabras.

— No haga usted caso de mi observación. Puede ser no más que una sutileza — dijo.

— No, no — exclamó el Estudiante dejando el eslabón sobre una de sus rodillas y quitándose el cigarro de la boca. — Me interesa eso que dice usted. Precisamente quería hablarle de esas cosas. Yo creo que tengo razón, que basta ocuparse de las tierras como yo me ocupo, sumando mi trabajo con el de los braceros (porque yo trabajo corporalmente), para tener derecho al producto; pero me preocupan todas esas teorías modernas, eso del socialismo y del colectivismo que pone en tela de juicio todas las formas de propiedad actuales...

Hizo una pausa para volver á coger el eslabón, y encendió al fin el cigarro.

— Le choca á usted — dijo sorprendiendo una mirada curiosa de Juan, — que use todavía estos chismes, en vez de las cerillas. En primer lugar, son muy cómodos en el campo, donde casi siempre

hace aire; pero, además, tienen para mí el encanto de la tradición, de lo que he visto hacer á mi padre toda la vida, y el olor de la yesca me gusta mucho... Pero vuelvo á lo de antes. ¿Cuándo piensa usted regresar á Madrid?

Juan hizo un gesto de sorpresa todavía mayor que el que había hecho el Estudiante. La pregunta ponía ante él una cuestión en que no había pensado poco ni mucho. Tenía perdida la noción del tiempo, no se preocupaba del mañana y creía haber resuelto ya la forma de su vida futura. Pero, de pronto, aquella pregunta tan natural le recordaba lo anómalo de su situación. No podía permanecer indefinidamente en casa de sus tíos y, por otro lado, los mil hilos de su vida pasada estaban pendientes, sin que, en rigor, los hubiese cortado en forma que no pudiesen ya tirar de él. La necesidad de resolver el problema de su conducta permanentemente, se le mostró con toda claridad y con todas las dificultades que en sí llevaba; pero, al mismo tiempo, tuvo la conciencia perfecta de que le faltaban ánimos para resolverlo, que la pasividad en que había caído su alma le emperezaba para toda acción. Vaciló un poco. Estuvo á punto de confesar sus dudas; pero se rehizo y contestó simplemente:

— No sé. No he pensado en ello todavía.

— Lo preguntaba — siguió el otro — porque deseo que, cuando usted esté allá (ahora no, está usted descansando), me oriente en esas cosas y me indique libros... Quiero saber lo que dicen esas

teorías. No estaré tranquilo hasta que no vea sus argumentos, que no pueden ser razonables. Pero necesito convencerme de mi derecho contra toda negación.

— Sí, comprendo.

Pero Juan ya no atendía á su interlocutor. Interiormente, estaba sosteniendo consigo mismo un diálogo que le interesaba en extremo. ¿Qué le tocaba hacer? ¿Cómo consolidaría su situación? ¿Tendría que volver á Madrid para liquidar toda su vida pasada? Y daba vueltas al rededor de la cuestión, embarazado por la presencia del Estudiante, que no le dejaba razonar libremente.

El visitante comprendió que Juan estaba distraído.

— Me marchó, don Juan — dijo levantándose.

— Ya hablaremos de eso otro día ¿eh?

— No se vaya tan pronto — contestó Juan maquinalmente, por costumbre de cortesía cien veces empleada como pura fórmula.

— Sí, marchó — afirmó el Estudiante. — Son ya las doce, y en el campo ya sabe usted que se come á esa hora.

Juan se había levantado también, y caminaron juntos hacia la salida.

— Si esta tarde quiere usted ver coger la almendra — observó el Estudiante al despedirse, — ahí detrás encontrará usted á mi gente. Y á mí también, por supuesto.

— Iré — dijo Juan.

— Pues entonces — añadió el otro, — acompáñeme unos pasos y le enseñaré el camino.

Habían llegado al espacio descubierto entre el jardín y la casa, inundado de sol que se reflejaba crudamente en los muros. En vez de tomar la alameda de salida, dieron la vuelta al edificio y, por un portillo de cañas, salvaron la cerca que por aquel lado rodeaba la finca.

— Ahí es — dijo el Estudiante.

Alargó un brazo y señaló el bancal próximo, á la izquierda, primero de una larga serie plantada de almendros. Juan, miró. En el linde de aquella tierra crecía, aislado, un algarrobo, cuyo frondoso ramaje proyectaba casi un círculo completo de sombra. Arrimados al tronco, varias mujeres y hombres comían, sentados en el suelo.

— Son mis jornaleros — murmuró el Estudiante.

Acercóse Juan, movido por una curiosidad irreflexiva que no se daba bien cuenta de su objeto. Ninguno se movió y pocos contestaron al saludo del joven. Tan sólo una mujer dijo:

— ¿Gustan?

— Buen provecho.

Comían pan moreno acompañado de cebolla, tomates ó bonito salado. Algunos tenían junto á sí una calabaza pequeña con vino.

Juan miró al Estudiante, pensó en las teorías de éste y le alargó la mano para despedirse.

— Adiós, don Juan. ¿Hasta la tarde?

— Veremos, veremos. Tal vez sí.

Cuando llegó al ángulo de la casa, se volvió de nuevo para mirar, al través de la cerca de cañizo;

el grupo de trabajadores. Seguían devorando su almuerzo con la indiferencia del que ejecuta un acto habitual, consagrado por el tiempo y que, por esto sólo, parece á los hombres natural é invariable en la forma que siempre tuvo á sus ojos.

■■■■■■■■■■

### XXIII

Pasaron varios días sin que ningún incidente turbara la vida normal, tranquila y ordenada, de los moradores de Ronesa. Algunos paseos al monte y á orillas del mar, una partida de pesca con Nardo y su gente y la repetición de la tertulia de los domingos, ayudaron á pasar el tiempo y á evitar el hastío que don Vicente temía á cada paso ver aparecer en Juan. Pero éste, lejos de aburrirse, hallaba cada vez mayor número de ocupaciones que llenaban su espíritu.

Consecuente con sus propósitos de tranquilidad y aislamiento del mundo, había ido creándose, en el seno mismo de la familia, una independencia especial, que todos respetaban. Cuando se metía en su cuarto ó salía de la casa sin decir nada á nadie, ya para errar por los campos, ya para leer en el jardín, ni sus tíos ni sus primos trataban de turbar aquella misantropía pasajera, que siempre concluía por ser el propio Juan quien iba á bus-